

ct

La mejor versión

de
Esther Garboni

(fragmento)

ESCENA VII

(En el zaguán de la casa,, ELISA, mirando en dirección al público y levemente apoyada en el quicio de la puerta, habla, como quien ya lleva un rato de conversación, con alguien a quien no podemos ver ni escuchar.. Su actitud es discretamente coqueta. Simultánea pero secundariamente, en el dormitorio, mucho menos iluminado, AURORA vuelve a abrir la caja de madera y saca el contenido, que revisa minuciosamente sin aspavientos. Son papeles y algunas fotos que ella mira con detenimiento. Esta acción secundaria ilustra, pero no distrae de lo que sucede en el zaguán.)

ELISA

Y perdone que no le haga pasar, pero no quiero despertar a Aurora. *(Mirando al interior, comprobando si está, en efecto, sola)* Se ha echado un rato, pobrecilla. Desde que murió papá, no duerme por las noches, ella que siempre ha tenido el sueño de cristal, ahora ni con pastillas. Por eso, llegando esta hora, hay días que se siente fatigada y tiene que acostarse un rato. No es que a mí no me haya afectado, entiéndame, pero la pobre lo está llevando muy mal. Es cierto que nunca ha sido muy alegre, como mamá, que dicen que era muy seria; pero ahora está de peor humor que nunca. Y la entiendo, eh, que yo no sé lo que es el dolor, pero estar enfermo debe ser agotador. Uno no puede pensar en otra cosa y, al final, se pierden hasta las ganas de vivir. Si pudiera darle un poco de mi salud... Yo no sé lo que es el dolor, porque yo he heredado la salud de mi madre... Y Aurora. Aurora, el nombre y sus ojos. Eso dicen. Aunque, si soy sincera, no la recuerdo. Yo era un bebé cuando se fue. Pero la vi por última vez, de lejos, el día de mi comunión, o eso me pareció. Salía yo de la iglesia, de la mano de mi hermana, y ella estaba allí, en una esquina de la plaza, de pie y firme, como un árbol. No se acercó a mí. Me miraba seria. Aurora no la vio. Dice que fueron imaginaciones mías, pero yo creo que aquella mujer era mi madre y había vuelto para verme, aunque solo fuera un instante. Porque estoy segura de que mi madre me quería. *(Se detiene en su discurso, pensativa)* Diga lo que diga Aurora, no nos abandonó porque ella quisiera. Mi madre me quería. Tuvo que suceder algo. Yo era muy pequeña cuando se fue y sólo sé que mi hermana me llevó esa noche a casa de Mila y allí me quedé unos días. Eso me lo ha contado Mila. Ella dice que cuando volví, ya no estaba mi madre y no quedaba ni una foto suya. Mila me jura que no sabe nada más, pero yo siento que me engaña, aunque quiera hacerme creer que a mi madre se la tragó la tierra. *(Lejana ya en su mente. Contenidamente triste.)* Pero no se la tragó, no. Yo la volví a ver la mañana de mi comunión. Era ella. ¡Seguro! Tenía los ojos de Aurora. Recuerdo que ese día me apretaban los zapatos. Aurora siempre ha tenido el pie más pequeño que yo y los zapatos y el vestido eran los de su comunión. Los zapatos me quedaban chicos, ¡pero los calcetines grandes! *(Ríe)* Los calcetines sí eran nuevos, muy bonitos, blancos, pero enormes. Se me escurrían como si estuvieran vivos. *(Ríe)* Tengo tan claro ese recuerdo... Me agaché a tirarme de ellos y, cuando volví a levantar la cabeza, *(se torna de nuevo seria)* ella ya no estaba. Entonces llegaron mi padre y el tío Ramón con la bandurria. *(Sonríe)* El tío Ramón cantaba en las bodas, los bautizos y las comuniones, aunque nadie se lo pidiera. Y contaba chistes... Muy malos... *(Ríe)* Siempre estaba achispado. Yo creo que ese día venía borracho y la tía Isabel, que estaba embarazada, se puso a llorar por algo que dijo mi padre, no sé qué fue, pero Aurora, que por entonces tendría veintipocos años y que, aunque ya estaba mala, trabajaba en Confecciones Madrid, me llevó corriendo al maletero del coche de

papá y de allí sacó un regalo que no olvidaré. ¡Una bicicleta! Una bicicleta preciosa con canastilla ¡y timbre! Calculo que le costó medio sueldo. Por ahí debe andar todavía esa bici. Nunca aprendí a montar. De pequeña no salía mucho a la calle, porque a mi padre no le gustaba y aunque dice Aurora que en nuestro salón pueden correr caballos, eso de ir chocándome con los muebles no me ayudaba mucho a perder el miedo...

(Ríe)

Le estaré poniendo la cabeza como un bombo... Dice Aurora que hablo mucho. Y lleva razón, pero es que cuando tengo la oportunidad de charlar con alguien...

Ella, en cambio, no le cuenta nada a nadie. Piensa que a la gente solo le interesa los chismes. Dice que ninguna persona tiene por qué enterarse de nuestras intimidades. Es muy reservada. Cuando me ve hablando con alguna vecina, me riñe. Dice que no me doy cuenta de que vienen a hacerme un interrogatorio... ¡Ya ve! Un interrogatorio, como si yo fuera una espía. No sé qué interés va a tener lo que yo pueda contar, si no salgo de estas paredes. Con lo aburrida que es mi vida, como no me la invente... Ojalá tuvieran chismes que averiguar.

Pero usted no pregunta nunca nada. Usted sabe escuchar. Eso me gusta. Yo tampoco le he preguntado nunca nada. Pero sé algunas cosas... Sé que no está casado; no lleva anillo... Y le gusta la música clásica. Eso se lo oí decir un día, cuando hablaba con mi padre. También a él le contó que no toma café y no bebe. Pero fuma. Eso lo sé por el olor. Fuma tabaco rubio. Y usa una colonia seca que me gusta mucho, pero no sé cuál es. Por el acento, deduzco que es usted del norte, pero lleva aquí muchos años. Viene siempre en moto, así que, aunque sea del norte, no te debe gustarle que llueva tanto como a mí. *(Suspira anhelante)*

También sé que es bueno. Siempre ha tratado con mucha delicadeza a papá y que se presente hoy aquí, aunque él ya no esté, para saber cómo sigue la familia, muestra su humanidad.

Esto es cuanto sé de usted. No será mucho. Pero es suficiente.

Suficiente para que me gusten los martes y los jueves.

(Se va oscureciendo lentamente la escena, mientras Elisa permanece en la misma posición y Aurora recoge la caja, guardando para sí dos carpetillas azules.)

ESCENA VIII

(Se vuelve a hacer la luz y se funden las dos acciones anteriores. AURORA se aproxima al zaguán donde se encuentra ELISA y observa su actitud con recelo)

AURORA

¿Qué haces? ¿Con quién hablabas?

ELISA

Sola. Estaba hablando sola.

AURORA

Como las locas...

ELISA

(Contenta) Como las locas. ¿Quieres un café?

AURORA

Un chocolate, mejor. ¿Queda del que compraba Milagros?

ELISA

Creo que no. Tengo que apuntarlo en la lista y acordarme de preguntar a Mila dónde lo compraba ella. Nunca he probado un chocolate igual. En la caja pone “chocolate maya, receta de 1540”

AURORA

No creo que venga de México. Tú compra el chocolate en polvo y punto.

ELISA

Hablando de Mila...

AURORA

¿Qué, ahora?

ELISA

(Nerviosa) Pues... *(Sacando del bolsillo un sobre dorado)* ¡Me ha pedido que te dé esto! Vamos, tonta, ¡ábrelo!

AURORA

(Lee el contenido de la carta para sí) ¿Una invitación de boda?

ELISA

¡¡Sí!! ¡Qué detalle! ¿Verdad? Nos ha tenido presentes en un día tan especial... ¡El domingo, 21 de junio! ¡El día que entra el verano!

AURORA

(Leyendo) Iglesia de Nuestra Señora de la Luz...

ELISA

¿No estás contenta?

AURORA

¿Por qué habría de estarlo? No me gustan las bodas. Todas las novias acaban llorando y los invitados se gastan un dineral en aparentar lo que no son. Dile que no vamos.

ELISA

Pero, Aurora...

AURORA

Dale las gracias y discúlpate con cualquier cosa. Dile que estoy mala y no puedo salir de casa...

ELISA

Eso no es la verdad. No hay nada que te impida salir de casa.

AURORA

(*Mostrándose*) ¡¿Acaso me ves bailando la conga?!

ELISA

No es necesario que nos quedemos al baile... Cuando corten la tarta, nos venimos.

AURORA

Sabes que no voy a poder soportar estar de pie en la recepción de los novios.

ELISA

Nos llevamos la silla de ruedas de papá.

AURORA

¿Estás loca? ¿Y que todos me vean como una inválida?

ELISA

Vamos, Aurora, que te he comprado un vestido y todo...

AURORA

¡¿Qué dices?!

ELISA

Sí, es azul marino, como la noche, casi negro. ¡Azul! Tu color favorito... Vas a estar guapísima... Le pediremos a la hija pequeña de Mila que nos maquille, que se le da muy bien. Y en el pelo te haré un recogido así con la raya al lado y la frente despejada como haciendo una onda...

AURORA

¡Cállate!

ELISA

Pero, Aurora...

AURORA

Llámalas ahora mismo y dile que no vamos. Lo entenderán. Estamos de luto.

ELISA

Ya nadie guarda un luto tan riguroso. Y es solo un día... Unas horas...

AURORA

Discúlpate de forma elegante y hazle un regalo. Mañana sales y le compras algo.

ELISA

Pero, Aurora...

AURORA

¡Y sé generosa!

ELISA

Aurora, por favor...

AURORA

¿Qué se lleva ahora regalar? ¿Cuberterías, vajillas, jarrones? Compra lo que más te guste a ti.

ELISA

Aurora...

AURORA

Puedes coger el dinero del que tenemos guardado para arreglar la cocina.

ELISA

(*Con determinación*) Aurora. Tú puedes quedarte, si quieres... Pero yo... Yo voy a ir a esa boda.

AURORA

(*Sorprendida*) ¿Y me vas a dejar aquí sola por la noche?

ELISA

Serán solo unas horas. Me vendré temprano... No te va a pasar nada por quedarte sola un rato.

AURORA

(*Moviendo la cabeza con desprecio*) Eres una egoísta. Sólo piensas en ti y en tus deseos. No tienes consideración por los demás. Te da igual todo. Quieres una cosa y vas a por ella sin mirar para los lados. Tiras para delante sin preocuparte de en qué manera puedan afectar tus decisiones, como si vivieras sola en este maldito mundo. Todo gira en torno a tus deseos. Tú, tú, tú... Eres como...

ELISA

¡¡¿Como quién?!!

(*Y se hace la oscuridad*)

ESCENA IX

(*En el mismo zaguán, es ahora AURORA quien habla con alguien que permanece sin entrar al otro lado de la puerta. Su actitud es cansada y seria.*)

AURORA

Sí, viudo. Mi padre era viudo. Este es el certificado de defunción de mi madre. Desaparecida. Y aunque haya gente que la crea viva, al no encontrarla ni por tierra ni por mar, a los 20 años, lo pone aquí, mire usted, la dieron por muerta. Hace de eso mucho tiempo y, en cualquier caso, no es algo que les interese a ustedes. La única verdad que importa ahora es que ni madre ni padre tengo ya.

No, no, el difunto no hizo testamento. Cuando pidan el certificado de últimas voluntades lo podrán comprobar. Yo sé todo al respecto, porque desde que cayó malo he sido quien se ha encargado de sus papeles. No tiene seguro de vida, ni con vosotros ni con nadie. Nunca lo quiso. Nos estafaron una vez con el seguro de hogar y hasta de ése se quitó. Sé lo que ustedes me van a decir, pero créanme, llevamos quince años sin seguro y no lo hemos notado más que en la factura. Las probabilidades de que salga ardiendo la casa son de una entre un millón. El de defunción sí. “*Los muertos*”, decía el pobre, “*los muertos hay que pagarlos, Aurora, que los entierros son caros. El que se va no se entera, pero el que se queda, si encima de la pena, tiene que aligerar el bolsillo...*” Y la verdad es que tengo que admitir que ha sido un entierro bonito. Enhorabuena. El ataúd precioso, qué pena que lo quemaran, y las flores también. ¡Dignas de un conde! De haber estado vivo él, lo hubiese celebrado abriendo una buena botella de vino. Tenía una gran bodega. Era un experto e, incluso malo del corazón que estaba, me pedía una copita de vino por la noche. “*El vino, si es bueno*, decía, *¿cómo va a ser malo?*”. Con todo lo demás era muy obediente. Un buen paciente, el pobre. A veces se gastaba un poco de mal genio, pero el carácter de los hombres antiguos era así. Mire usted las películas y dígame que no... Él, como cualquiera, lo que siempre ha querido es guardar el buen nombre de su familia. *Que no salgamos mañana en los periódicos*, me decía cada vez que yo abría esta puerta. Pero, aunque digan lo contrario las malas lenguas que imagino habrán tenido que escuchar, a mí nunca me levantó la mano. Claro que yo nunca le di motivos... Y si alguna vez llegó de la fábrica enfadado, con no molestarlo, sabía yo que no habría problemas. Él necesitaba despejarse. No todo iba a ser trabajar para nosotras... Siempre fue un hombre trabajador y honrado. Y ha tenido el entierro que merecía. ¡Digno de un ministro! No sé qué póliza tenía, pero nos han sobrado hasta coronas... Con “tus hijas no te olvidan” por triplicado, ha estado más que bien. Y si ahora, por un pequeño extra, se encargan ustedes de tramitar los papeles, pues mejor que mejor, que yo, con lo mío, no estoy para esperar colas y las cosas deben quedar arregladas antes de seis meses, si no quiero disgustos. Aunque ya les digo que se trata de una adjudicación de herencia muy sencilla. No hay más propiedades que esta casa, que fue de su madre, antes que de él y, mucho antes, de su abuelo Hilario, que no tuvo más que una hija, mi abuela Esperanza, y a ella se lo dejó todo. Es una buena casa. Aunque solo tenga una ventana al exterior, tiene un patio precioso, con un limonero que da gloria; y dormitorios muy amplios...; y le digo una cosa, en el salón,

usted no lo ha visto, pero se lo digo yo, pueden correr caballos. La cocina y el baño están anticuados y quizás hubiera que reformarlos un poquito, pero con el crecimiento de la ciudad, esta plaza se ha quedado casi en el centro, así que seguro que ha subido de valor. En cualquier caso, no quiero venderla. Aquí he de morir yo también. Así que todo es sencillo. Únicamente advertirle que la luz y el agua, como pasa siempre en estos casos, están puestos a nombre de mi padre. Tendrán ustedes, si son tan amables, que cambiar la titularidad, pero la cuenta puede quedarse la misma, porque yo estaba de cotitular con él. Dinero... No tenía una fortuna. Un colchoncillo para vivir tranquilos y su pensión de jefe de sección en la fábrica.

(Y mostrando uno de los documentos de la funda azul que sacó de la caja)

No tuvo más hijos, no. Aquí tienen el libro de familia. Su heredera universal, pueden verlo, lo dice claro... Su única heredera soy yo.

(Y se hace la oscuridad)

ESCENA X

(En cada esquina del escenario, cada una mantiene una conversación a distancia que presenciaremos simultánea e intercaladamente.)

ELISA

¡No sabía que fueran ustedes primos segundos! ¡Qué grata sorpresa! Nos veremos entonces el 21...
¡¡Primos!! No se parecen ustedes en nada. A ver si nos ponen en la misma mesa, que yo no voy a conocer a mucha gente... ¡Ay! ¿Y cómo no le he visto yo a usted nunca por su casa? Bueno, bueno, le tuteo... Sí, claro. De tú, de tú...

AURORA

Hay cosas que no tengo ni que recordaros a tu marido y a ti. Y creo que, por extensión, a tus hijas. Hablar de esto me resulta incómodo, pero dadas las circunstancias, no me queda más remedio. Hubiese preferido no tener que llegar hasta aquí, pero debí suponer que, tras la muerte de mi padre, se removerían muchas cosas.

ELISA

(Contenta y charlatana) Conozco a Mila desde que nació. Ella me contó que llegó al barrio recién casada y en seguida se hizo amiga de mi madre. Siempre se ha portado muy bien conmigo. He pasado mucho por su casa, pero nunca lo he visto a usted allí. Perdón, a ti, a ti... Sí, sí, te tuteo, te tuteo... Es la costumbre.

AURORA

La discreción es una virtud que sé que te caracteriza. No puedo decir lo contrario. Y sabes que te estoy muy agradecida, pero...

ELISA

No, Aurora no va. Está mala, ya se lo he dicho a Mila.

AURORA

Hay temas muy delicados de los que quiero proteger a Elisa.

ELISA

Yo sí voy, claro...

AURORA

Ella sí va. A pesar de mi negativa... Y eso es lo que temo.

ELISA

Me encantan las bodas. Sólo he ido a una en mi vida, pero cuando las veo en la tele me entra una pelusilla. Algo así como envidia... Así que sé que me lo voy a pasar bien. Solo con hablar con unos y otros, ya es suficiente aliciente para mí.

AURORA

Ese es mi temor. La gente.

ELISA

Mi vestido es precioso, de vuelo, para que se mueva al bailar... ¿Qué pregunta es esa? ¡Claro que pienso bailar! (*Se ríe coqueta*) ¡Toda la noche...! ¿Con quién? No sé... ¿Contigo?

AURORA

Así que te pido que estés pendiente de quién se le arrima. La gente es muy deslenguada. Ella no puede saber nada. No hay necesidad. He arreglado todo a sus espaldas, para que podamos seguir viviendo como hasta ahora, sin que ella tenga que enterarse de nada y pueda ser feliz. Llevo toda la vida protegiéndola de la desgracia, Milagros, y los rumores sólo hacen daño.

ELISA

Tengo ganas de que todos me vean con mi vestido nuevo. Dice Mila que llevan más de 300 invitados. ¡Eso va a parecer una verbena! Aunque yo nunca he estado en ninguna... A Elisa y a papá no les gustaban.

AURORA

El pasado es humo. Está construido de recuerdos. Cada persona tiene los suyos. A veces recordamos cosas que no han pasado y otras veces sencillamente olvidamos. No hay dos personas que guarden un recuerdo igual del mismo hecho, porque los recuerdos son únicos e intransferibles. Si no hay foto, la memoria dibuja el momento a su antojo. Yo he creado un pasado para ella. Un pasado feliz, sin duelo.

ELISA

¡Claro! Y brindaremos con champán. Ya sé que tú no bebes. ¡Ni yo! Aunque tenga mi padre una bodega con un montón de botellas viejas... ¿Él? (*sorprendida por la pregunta*) Hombre, mi padre antes de caer malo, a veces, pues no te digo yo que no tomara algún día un trago de más... Pero cuando ya se encamó, sólo en la comida. Y únicamente vino bueno, que como decía él cuando tú le reñías, “*el vino, cuando es del bueno, ¿cómo va a ser malo?*”. Además, tú lo sabes mejor que nadie, bebedor no era, que el hígado lo tenía así a causa del trabajo, por culpa de los contaminantes de la fábrica y, bueno, quizás puede que ayudara lo poco que bebiera en la calle, no digo yo que no, porque en los bares no ponen calidad, ponen veneno y por eso él llegaba a veces tan malito el pobre.

AURORA

A Elisa la he protegido de todo lo malo. Yo puedo cargar con ese peso, estoy acostumbrada, pero no hay necesidad de que ella tenga también que soportar ese dolor. ¿Para qué?

ELISA

Pero a mí no me gusta el vino. Amarga. En todo caso, una copita de cava para brindar.

AURORA

El pasado está compuesto de versiones, la tuya, la suya, la mía... Para ella escribí la versión que menos daño le haría. La mejor versión. Y así ha de seguir.

ELISA

Tengo ganas que llegue ya el día. ¿Tú no?

AURORA

Perdona que te asalte con esto ahora, pero quiero que entiendas que ya es tarde para que Elisa conozca toda la verdad. Sé que la aprecias mucho. Déjala, entonces, que siga siendo feliz en su inocencia. Sólo quiero que entiendas que el 21 se pone nuestra tranquilidad en juego. Protégela, por favor, Milagros. Protégela de las malas lenguas.

(Y suspirando) Y dile a Marta que le deseo que sea muy feliz.

ELISA

Hasta el 21, entonces... ¡Contando los días me quedo! ¡Será la noche más corta!

AURORA

¡Será la noche más larga!

(Desparece de escena Elisa y deja sola a Aurora)